

# EL ECO DEL PAIS.

SEMANARIO POLITICO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

Año 1.º

Domingo 16 de abril de 1865.

Núm. 5.

## LAS DOS FECHAS.

El día 10 de abril señalará de hoy mas una fecha memorable en nuestra historia política.

Hay otra fecha no menos memorable la del 10 de marzo en Cádiz. ¡Fatal coincidencia! Ambas fechas representan en la historia sucesos de la misma índole, escenas igualmente trágicas, y ambas están marcadas por la sangrienta huella de obcecación vertiginosa.

Otra coincidencia.

Pasado el día 10 de abril espiraba un anciano tan digno de respeto por su saber, sus padecimientos y su edad, como digno de lástima por su falta de fé y energía políticas. Era consejero de la corona; moría de repente, estando en el pleno ejercicio de sus funciones, cuando en Consejo de ministros se trataba de los sucesos del día anterior.

Las últimas palabras del anciano fueron 10 DE MARZO.

El 10 de marzo había estado á punto de ser víctima en Cádiz de la sangrienta hecatombe, el mismo que en 10 de abril era consejero de la Corona en Madrid.

Hé aquí ahora el artículo que el 12 de marzo del año anterior publicó *La América*:

### EL 10 DE MARZO DE CADIZ.

«Ya mas de una vez ha dado á notar quien esto escribe cuán olvidada está la generación presente de lo que hicieron y pensaron sus padres. Parece como que la parte mas moderna de nuestra historia, ó digamos, la que está mas atrás del período en que, muerto Fernando VII, comenzó la guerra por la sucesión á la corona de España, es una de las mas desconocidas. Verdad es que la breve época desde 1820 hasta 1823 tiene poco que la recomiende, habiendo sido su terminación no solo funesta sino ignominiosa para los que entonces predominaron, y no, cierto, porque todos ellos fuesen dignos de desprecio, sino porque, traídos por los sucesos á una situación de que era imposible no salir mal, si no merecieron el descrédito en que cayó la revolucion de que fueron defensores, y con ella hasta cierto punto sus personas, tampoco pudieron, ni pueden con razon, extrañar la á veces injusta y acre censura que ha sido comun hacer de sus hechos y sus nombres.

Pero no es lo malo que se tache, si á veces con justicia, á veces sin ella, y en todo caso con rigor, por lo escesivo, no merecido, á los constitucionales de 1823, pues peor es, si cabe, y atendiendo á que duele mas á los humanos ser despreciados que ser maltratados; que de las cosas de aquellos dias solo queden memorias escasas y confusas. De seguro no faltarán quienes al leer el encabezamiento del artículo presente pregunten, «¿y qué ocurrió en Cádiz el 10 de marzo que merezca ser conmemorado?» ¿y de qué año fué el 10 de marzo, cuya recordación da margen á no menos que un artículo de periódico del día presente?

Sin embargo, este 10 de marzo hoy conservado en pocas memorias, como que casi ha desaparecido la generación cuyos ánimos tanto ocupó, era citado con frecuencia desde 1820 á 1823, siendo uno de los asuntos que daban motivo á encarnizadas disputas y vehementes declamaciones y apasionados juicios, en los cuales, tomando la funada acusación carácter de odio y venganza, y apareciendo espíritu de bandería, perdía mucho de su fuerza, mientras por el lado opuesto defensas «hijas de parcialidad política tiraban á convertir en acto loable, ó cuando menos disculpable, un delito que debía ser calificado de tal, juzgándole por sus méritos, y fuese cual fuese la causa en cuyo favor se declarase y diese su fallo definitivo la fortuna.» Y así fué que, vuelto en 1823 al mando y predominio el partido de la monarquía, fué celebrado y recompensado como buen servicio hecho al Trono un atentado que toda autoridad debería haber des-

aprobado, aun cuando por motivos dignos de consideración no castigase á los perpetradores y directores.

Empezaba á correr marzo de 1820, y se veía España en una situación de que da la historia pocos ejemplos. Sobre cuatro mil hombres no cabales dueños de la ciudad de San Fernando, tenían allí levantada la bandera de la Constitución de 1812, y el rey, señor de todas las fuerzas de la monarquía, en el término de mas de dos meses, no había podido vencer una rebelión de tan flacas fuerzas. Una columna procedente de aquel punto, y que apenas ascendió en la hora de su salida á dos mil hombres, había recorrido buena parte de la Andalucía baja, proclamando en varias de sus poblaciones la Constitución, y perseguida por las tropas reales, alcanzada y vencida, pero no desbaratada, en Marbella, haciéndose despues de este revés señora de la ciudad de Málaga, rechazando allí á los contrarios que vinieron á embestirle, y obligada á emprender la fuga despues de su triunfo, había padecido segunda y mayor derrota en Moron, lo cual no impidió que sus fugitivas reliquias ocupasen por algunas horas á Córdoba.

En tanto, los que habían quedado en San Fernando se veían cercados por fuerzas muy superiores á las suyas en puesto harto mal defendido, pues dueños de Cádiz sus contrarios así como lo eran de la tierra allende el Puente de Suazo y la batería del Portazgo fácilmente podían por el lado nombrado en primer lugar haber superado los pobres obstáculos que les ofrecía la espaciosa playa. Que tan flaco poder como era el de los rebeldes existiese aun, y hasta con apariencias de fuerte, era ciertamente un prodigio; pero prodigio que podía y debía ser explicado por la situación de España por aquellos dias. Los constitucionales, aunque en número muy escaso, tenían la ventaja de estar en perfecto concierto, unidos con el lazo de la sociedad secreta, si no todos ellos, los que gozaban de algun influjo, y hasta el ser pocos les daba vigor por que es privilegio de una minoría reducida tener una fuerza que es grande por estar reconcentrada. Además tenían parciales en el ejército que con habilidad y osadía habían adquirido extraordinaria influencia sobre sus compañeros é inferiores. Si la mayor parte de los españoles era realista, lo era tímida y confusamente, sin pasión todavía, porque no tenía que chocar y luchar con pasiones contrarias, poco satisfecha del gobierno, del cual juzgaba por los efectos que era malo, y de resultados, si no deseosa de verle caído, tampoco dispuesta á sostenerle contra una fuerza contraria. Así los constitucionales levantados, donde quiera que ponían el pié y levantaban el grito, si no encontraban amigos y valedores, tampoco tenían que habérselas con enemigos, y, hasta viéndose rodeados de espectadores cuya indiferencia parecía buena voluntad, cobraban bríos suponiéndose ó figurándose tener un tanto numerosos parciales.

Si tal era la disposición de los ánimos en lo general de la nación, y si por ello y particularmente por el estado de la opinion en una parte crecida de la oficialidad del ejército, la causa de los levantados dueños de la ciudad de San Fernando no podía darse por perdida, resta considerar como pensaban y sentían en aquellas horas quienes componían las dos fuerzas beligerantes, dando este nombre solo á los que en Andalucía sustentaban las opuestas partes de la revolucion y de la monarquía.

En el ejército destinado á Ultramar reinaba entre la tropa, corriendo 1819, grande repugnancia á embarcarse. Esta repugnancia de los soldados fué aprovechada por los conspiradores, los cuales fomentándola y avivándola predispusieron los ánimos de gente ruda en quienes no podía haber opiniones políticas en favor del levantamiento. En punto á la oficialidad ha sido calumnias corriente atribuir á toda ella que obraba movida por tan feo motivo, pero en punto á que influía en una parte de ella, quizá la menor, apenas cabe duda. A unos pocos oficiales instruidos habían llevado á la empresa doctrinas de las llamadas liberales, bien estudiadas: á muchos, deseos de medrar; á otros un espíritu inquieto. La sociedad secreta había comprometido á no pocos, que habían pasado á ser constitucionales porque habían empezado por ser sectarios. Así, en general, y aun puede decirse con rarísima escepcion, si acaso alguna, todavía en marzo las tropas acantonadas en San Fernando bajo la bandera constitu-

cional se mantenian firmes y ardorosas en su adhesión á la causa que habian abrazado.

No habia sucedido lo mismo en la columna volante, de la cual habian desertado algunos oficiales y muchos soldados á la bandera real. Pero esto era sabido de pocos en San Fernando, los cuales lo ocultaban á punto de conseguir que estuviese casi generalmente ignorado, no fuese que el ejemplo incitase á la imitacion, cosa en aquellas circunstancias harto probable.

Pero lo que apenas sabian ni los constitucionales ni los mismos oficiales superiores que militaban en las filas de los reales, era que, particularmente en las tropas que formaban la guarnicion de Cádiz, habia llegado á crearse un espíritu, si no anti-constitucional, hostil á los constitucionales que iba llegando á ser entusiasmo. Por cierto, si esto hubiera sido conocido habria causado en la parte opuesta desmayo, y en la propia brios, con lo cual la espugnacion de San Fernando, y la ruina completa del levantamiento constitucional habria sido cosa fácil.

Varias causas habian contribuido á convertir en celosos y acalorados parciales de la causa monárquica á los mismos que poco antes por la aversion á embarcarse abrazaren ó favorecian la de los levantados. Fué una desgracia que, al ser sorprendido por Riego en Arcos el cuartel general del ejército, sin haber verdadera refriega, hubiesen caido muertos dos ó tres soldados del batallon de guias del general, y aunque luego este mismo cuerpo se puso bajo la bandera constitucional, desde luego dió muestras de obrar como forzado y resentido; pudiendo estas cosas al parecer de inferior importancia mas que otras de muy superior clase en los ánimos de la soldadesca. Así los guias se fueron desertando casi todos, y viniéndose á Cádiz se formó de ellos un cuerpo con su nombre antiguo. De otros desertores de la bandera constitucional y no del batallon de guias fué compuesto en la misma plaza de Cádiz otro batallon con el nombre de Leales de Fernando VII, y con llamarse así y con la idea constante en su mente de la desercion, se sentian poseidos de afectos de ardorosa lealtad al monarca. Hasta la circunstancia de ser el vecindario de Cádiz, con rarísimas escepciones, apasionado amigo de la Constitucion en aquel pueblo nacida, contribuyó á escitar en el soldado pensamientos y afectos contrarios, porque el no encubierto desvío de los paisanos á los que miraban como opresores aumentó la mala voluntad ó desprecio con que suelen mirarlos y tratarlos los militares.

Todo esto, bien será repetirlo, no estaba patente. Así en la oficialidad de la fuerza opuesta á la constitucional abundaban parciales de estos, irresolutos tanto cuanto ignorantes del modo de pensar y sentir de la clase llamada de tropa.

Tal era la situacion de las cosas, y bien podia ser considerado el ejército de San Fernando como perdido, cuando comenzaron á circular por Cádiz rumores que daban por noticia haber sido proclamada la Constitucion en puntos de España bastantes lejanos. De Galicia llegó casi á saberse con certeza. De otros lugares se decia con menos verdad, pero se presumia con sobrado fundamento que así fuese. En tanto faltó el correo de Madrid, porque el conde de la Bisbal, puesto al frente de una corta fuerza, habia proclamado la Constitucion en la Mancha cortando la comunicacion entre la capital y Andalucía, lo cual hizo creer desde luego como cierto lo que en breve llegó á serlo, y era haber triunfado la causa del levantamiento constitucional en el mismo centro del gobierno compeliendo al rey á doblar la cerviz y sujetarse al yugo.

Mandaba el ejército opuesto á los levantados constitucionales el general Freire y la escuadra surta en la bahía de Cádiz el capitán general de Marina D. Juan Maria Villavicencio; el primero bien acreditado en la guerra de la Independencia por distinguidos servicios y en 1814 sospechado de cierta inclinacion á la Constitucion entonces derribada; el segundo persona muy notable por haber sido hasta uno de los regentes del reino desde 1812 á 1813, así como por su larga carrera, y tambien por su talento y saber, nada afecto á la causa constitucional, de lo cual habia dado pruebas, pero tolerante con sus adversarios.

Como puede presumirse, aparecia el primero mas celoso de la causa que sustentaba, por lo mismo que podia ser sospechado de tibio, mientras el segundo, señalado por sus no lejanos grandes servicios al poder monárquico, cuyos excesos habia condenado como prudente sin faltarle por esto á la lealtad debida, parecia que preveia ser necesario buscar un medio de avenencia entre parcialidades poderosas. Sabidas las noticias de la sublevacion de Galicia con certeza, y de la de la Mancha confundidamente y siendo muy de temer que hubiese habido una gran mudanza en Madrid, ambos generales vinieron á Cádiz el uno del Puerto de Santa María, y el otro de su

navio. Su llegada conmovió al pueblo de Cádiz, supusieronle intenciones que no traian; acudió numeroso gentío á la plaza de San Antonio que habia sido llamada de la Constitucion desde 1812 á 1814; el hecho mismo de haber allí tal concurso era ya grave, trocado el temor en confianza, siendo así que poco antes los gaditanos irritados y medrosos apenas salian á la calle, y no osaban congregarse en crecido número; y como acaece siempre cuando hay muchas personas juntas, la concurrencia, aun sin ser bulliciosa, tenia apariencias y aun carácter de serlo, sonando como clamor sordo las conversaciones particulares, y alterados los rostros de los concurrentes como de quienes estaban en ansiosa expectativa á punto de no poder ya distinguirse que aquella reunion fuese pacífica, sin poder por esto ser calificada con razon de sediciosa. No podia durar mucho tal incertidumbre.

Los generales se asomaron al balcon de una casa que daba á la misma plaza, y en breve, sin que ninguno de los dos lo hubiese dispuesto ni consentido, pero sin que mostrase resolucion de estorbarlo, un grito de «viva la Constitucion» salido de mil bocas pobló el aire y atronó aquel recinto. No sonó una voz que á tal exclamacion se opusiese; no se dió providencia para reprimir un movimiento que era ya una rebelion ó revolucion declarada. Era entonces, y fué por algun tiempo costumbre, dar á la inscripcion que anunciaba tener una plaza el nombre de la Constitucion á modo de un carácter sagrado y una importancia política la mas alta. Así es que de pronto se buscó una tabla, y escribiendo en ella el á la sazón terrible letrero, fué este colocado en el lugar donde habia estado otro igual escrito con letras de bronce dorado en lápida de mármol, saludando apasionadas aclamaciones á aquel símbolo de una época renovada, que para los gaditanos era de glorioso y caro recuerdo. Siguióse iluminarse el pueblo todo al cerrar la noche, y discurrir las gentes por las calles con ruidosa alegría, tanto que en las escenas de la revolucion de 1808 á 1814 no hubo una que á esta escediese en punto á manifestaciones de entusiasmo popular, y pocas que la igualasen.

En tanto, el general de marina Villavicencio, á impulsos de su natural conciliador, ó mandó ó consintió que pasasen á San Fernando tres oficiales de la armada á dar al ejército llamado nacional noticia de lo ocurrido. Fueron los que llevaron tal comision el conde de Mirasol, muerto há pocos dias, D. Jacobo Oreiro y D. N. Sanchez Cerquero.

Poco esperábamos en San Fernando recibir tan faustas nuevas. Yo, que era uno de los contados á cuya noticia habia llegado haber sido vencida y deshecha la columna volante del mando de Riego, habia salido en la misma tarde de aquel dia (9 de marzo), y cuando en Cádiz ocurría tan inesperada mudanza, á dar un corto paseo, y me sentia poseido de negra melancolia, viendo cercano el momento en que, ó habia de caer en manos de nuestros contrarios y pagar con la vida mi delito, ó de escapar con trabajo á vivir la vida del proscrito, empresa nada fácil. Venia retirándome de mi paseo, y habia entrado en las calles, cuando noté súbito alboroto de general alegría. Anunciábase haberse jurado en Cádiz la Constitucion, y la llegada de los portadores de la noticia, tanto cuanto feliz, difícil de creer. Ya antes mas de una vez habian corrido voces semejantes creidas de algunos, dudadas de muchos y venidas á desvanecerse como ilusion hija del deseo. En esta ocasion fuí yo de los incrédulos, hasta que varias personas me afirmaron ser verdad averiguada lo que yo estimaba lo contrario. Me encaminé, pues, á casa del general Quiroga, donde hallé á los oficiales de marina procedentes de Cádiz, rodeados de gente alborozada, agasajados, festejados y acosados á preguntas por quienes apenas podian creer el felicísimo suceso de que eran nuncios.

Entró entonces el discurrir qué habria de hacerse por nuestra parte. Lo primero que se resolvió, fué enviar á Cádiz comisionados que tratasen de ponernos en paz y union con las autoridades y tropas de aquella ciudad, si bien pareció oportuno dar el carácter de parlamentarios á los encargados de tan importante comision, por no considerarse aun la paz asentada. Tres fuimos los nombrados para la comision ó parlamento; el coronel D. Felipe Arco-Agüero, jefe de estado mayor de nuestro ejército, el de igual graduacion D. Miguel Lopez de Baños, que tenia el mando de nuestra artilleria, y tercera persona no militar, que fué la mia, recomendándose para tal comision el ser diplomático, y mas todavia el cercano parentesco que me unia con el general Villavicencio, hermano de mi madre, ademas mi padrino de bautismo, y á cuyo lado habia yo pasado buena parte de mi niñez.

Comenzamos desde las primeras horas de la noche á prepararnos para nuestro viaje, si bien los preparativos no podian ser muchos, ni lo eran. De ello nos distrajo por breve rato la agradable ocupacion de salir de la

poblacion al sitio llamado Manchon de Torre alta, donde está situado el observatorio astronómico, y desde el cual registra la vista no corto espacio, descubriéndose á lo lejos, allende las aguas de la bahía y las tierras llanas inmediatas, la ciudad de Cádiz, blanca como la nieve, en el horizonte; pero en aquel momento, si las tinieblas de la noche no permitian ver sus casas y torres, señalaba el lugar donde estaban un resplandor vivísimo nacido de las luminarias, cuya luz se dilatava á largo trecho. Numerosos espectadores acudian á recrearse con la contemplacion de aquella luz, mas grata todavía que la de la aurora lo es para el navegante, tras de una noche de borrasca, peligro y ansias.

Poquísimo dormí yo en la noche de que voy ahora aquí hablando, porque hacia en mí el gozo lo que podria haber hecho la pena mas aguda. Amaneció el deseado dia, y en sus primeras horas pasé á juntarme con mis compañeros, y emprendimos nuestro breve viaje. Llevábamos los parlamentarios algun acompañamiento: un ayudante de Arco Agüero, llamado D. N. Silva, cuatro soldados de artilleria de á caballo, con largas barbas, por lo cual eran apellidados *barbones*, y un trompeta de la misma arma. Todos iban á caballo menos yo, circunstancia no digna de mencion si no hubiese influido en mi suerte en los sucesos que siguieron, y debia á que, siendo yo pésimo ginete, no queria ir haciendo ridicula figura á nuestra entrada en Cádiz, por lo cual escogí un calesin, á pesar de lo incómodo y feo de tan mala y antigua máquina de viaje.

Poco mas de media legua habríamos andado desde San Fernando, y estábamos cercanos al lugar donde, cerca del torreón apellidado Torregorda, tuerce casi formando un ángulo recto, y va en derechura á Cádiz la carretera nombrada allí arrecife, cuando empezamos á encontrar gente de Cádiz que á pié habia andado sobre legua y media ansiosa de ver y saludar á los constitucionales de ellos tan amados. Segun íbamos adelantando iba creciendo el número de los viajeros, que llegó á ser muy considerable ya á mas de media legua de Cádiz.

Habíamos los del ejército constitucional, cuyo título era el de nacional, tomado por divisa añadir á la escarapela encarnada un ribete ancho de cinta verde, divisa considerada despues por muchos como propia de la sociedad secreta directora del levantamiento, y de la cual éramos gran parte de los del ejército, si bien no todos, pero divisa que no lo era de sociedad alguna, siendo solo emblema de nuestra esperanza al acometer y empezar á poner por obra nuestra empresa, esperanza nunca del todo perdida. Como sabian esta los gaditanos todos, los paisanos se habian puesto escarapela como militares, y, no habiendo tenido tiempo para coser á las que traian el ribete verde, se habian contentado con poner un lazo de este color sobre el centro de la escarapela encarnada. Las manifestaciones de alegría de aquellas gentes tenian trazas de delirio, y al vernos rompian en altos vivas, declarando, á la par que adhesion á la causa que ellos nos era comun, afecto vivo y aun admiracion á nuestras personas, en las cuales veian representadas las de nuestros compañeros. En medio de tanto aplauso, llegamos á la obra avanzada llamada la Cortadura, guarnecida por tropas que poco antes eran para nosotros enemigas, habiéndolo sido por espacio de dos meses, plazo durante el cual habian nacido en ella contra nuestra causa, y mas aun contra nuestras personas, pasiones de ódio no poco vivo, siendo muy otra nuestra firme, pero errada creencia, pues los reputábamos amigos violentados á sernos hostiles.

Sin embargo, al acercarnos al fuerte, mas por pedantería que por recelo, quisimos usar las fórmulas comunes de la guerra, y mandamos al trompeta que con nosotros venia, tocar llamada. Salieron á respondernos, pero no como prestándose al parlamento, sino calificándole de inútil, porque ya no estábamos en guerra. Parecia afectuosa la respuesta, así como fundada en buena razon, y con todo no hubo de agradarnos, porque fué dada con desabrimiento.

Otras dos causas, con harto mas motivo, mezclaron un tanto de disgusto y desconfianza á nuestra alegría. Poco antes de llegar á la Cortadura, del numeroso gentío que venia de Cádiz se separó una persona que vino á hablarnos, entendiéndose particularmente con Arco-Agüero, con quien habia tenido algunas relaciones de trato casi amistoso. Era el personaje de quien ahora hago aquí mencion, un D. N. Elola, oidor, ó como decimos ahora, magistrado de la audiencia de Sevilla, vivo, travieso, no de la mejor reputacion, pues era tachado de ligero y cruel, no sé si con justicia, entremetido y dado á bullir, sin crédito de constitucional ni de lo contrario, y el cual, no sé ni llegamos á saber por qué razon venia de Cádiz, y si lo hacia por voluntad propia ó encargo de otros. Lo cierto es que Elola se empeñó en persuadir á Arco-Agüero

ro á que nos volviésemos sin llegar á Cádiz, pero como las razones que alegaba nada claro ni esplicito contenian, no juzgamos decoroso ni justo dejar de cumplir con lo que nos estaba encomendado. Separóse, pues, de nosotros Elola sin haber logrado convencernos, y no sé si regresó á Cádiz ó si siguió á San Fernando.

Igual, si no mayor, causa de temor ó de sospecha nos dió otra circunstancia que por lo pronto no fué de todos nosotros notada ni aun sabida: Cabalmente, cuando estábamos llamando á parlamento, y recibiendo por respuesta que tal acto era impropio entre gentes ya no enemigas, habia crecido sobre manera, y agolpándose en aquel lugar la turba procedente de Cádiz, cuyos vivas y aplausos eran tales y tantos que nos ensordecian, y en medio de la gritería reparamos que tambien gritaban desde el fuerte asomados á sus murallas los soldados, y aunque viniendo sus gritos de lejos solo podian oirse estos, confundiendo otros mas cercanos y numerosos, no faltó quien oyese que eran en vez de bendiciones y aplausos maldiciones y denuestos. Pero esto, repito, apenas llegó á nuestra noticia, y aun cuando hubiese llegado nos habria desviado de pensar en ello el espectáculo que presentó á nuestra vista Cádiz.

A pesar de que las turbas (pues llegaron á serlo) que nos esperaban fuera de las puertas parecia como que debian haber dejado poca gente en el casco de la ciudad, ó fuese porque de la poblacion nadie habia querido quedarse en casa, ó que los que no habian salido á la calle, sin escepcion de clase ú ocupacion, poblaban los balcones y ventanas, era inmenso el gentío que se presentaba á la vista. Las casas estaban adornadas con colgaduras. Entre tanto llovian sobre nosotros los parlamentarios flores arrojadas por los que estaban en alto mientras los que paseaban las calles se apiñaban á nuestro alrededor con animacion casi frenética, gritando, y procurando asirnos la mano ó bien la pierna, ó aun solo el vestido. Mis compañeros poco ó mucho conocidos en Cádiz eran objeto de admiracion, y á mi nacido en aquella ciudad, y que en ella habia pasado buena parte de mi juventud, se me daban generalmente testimonios de ardiente afecto.

Los caballos de mis compañeros apenas podian romper por el tropel, y se encabritaban espantados, y á mi pobre calesin apenas consentian que rodase, no faltando quien se subiese en las ruedas para apretarme la mano, ó darme una enhorabuena afectuosa. ¡Dias eran aquellos que no volverán en largo tiempo, no siendo tan arrebatado ó loco entusiasmo posible ya á una generacion llena de desengaños y escarnimientos, y que por ser mas cuerda ha perdido muchos de los placeres que las ilusiones hijas de la inesperienza traen consigo!

Como ya va aquí dicho, atravesamos casi toda la ciudad de Cádiz, por estar muy distante de la puerta de Tierra la casa del general Freire á que nos encamináramos. Al ir á llegar á ella pasamos las esquinas de la calle de Linares, que desde la plaza de San Antonio, que iba á ser de la Constitucion, va al paseo de la Alameda, y que era y que debe de ser aun hoy una de las vías de comunicacion en aquella ciudad mas transitadas.

Al atravesar, descubrimos parte de la plaza atestada de gente, porque allí iba á jurarse la Constitucion ante la lápida que de ella era recordacion y símbolo. Reservándonos nosotros asistir á aquel espectáculo para la hora, muy cercana, en que, presentes las autoridades, habia de celebrarse la ceremonia del juramento, nos apeamos á la puerta de la casa del general y pasamos á su presencia.

Hallamos á Freire cortado, inquieto, ni desabrido ni afable, y solo con muestras de estar muy poco satisfecho de la situacion en que se veia. La sala en que le vimos estaba muy concurrida, llenándola personas de diversas opiniones, cuáles alegres y soberbias, cuáles, si ya no mostrando tristeza ó enojo, dando señales ó de abatimiento ó de recelo. Vinieron á abrazarnos amigos nuestros, que presos por haber sido cómplices en nuestra empresa habian sido puestos en libertad pocas horas antes y en las de la noche. Otros poco antes nuestros contrarios ardorosos, con frases conciliatorias procuraban captarse nuestro afecto, explicando su conducta anterior como quien se disculpa de una falta Bien mirado y considerado todo, no nos sentíamos satisfechos de la escena de que eran teatro aquel lugar y los cercanos, y de que éramos testigos. Freire como que procuraba despedirnos para que nos volviésemos al lugar de donde habíamos venido, aunque no lo dijese claramente, y habiendo soltado una espresion de temor de que puestas en roce las tropas de su mando con las del ejército nacional, este introdujese en aquellas un espíritu de indisciplina, y respondiendo á esto Arco-Agüero, como algo picado, que el ejército constitucional era por demás disciplinado, añadió el general de las tropas reales que las suyas (segun esperaba) á ningunas cedian este punto, pero lo dijo con tan anublado rostro y

vacilante acento, que bien parecia que hablaba segun su deseo y no segun su esperanza. ¡En esto sonó un tremendo ruido, oyéronse tiros, voces confusas, carreras: se asomó al balcon Freire y desde la calle gritaron que estaban asesinando al pueblo! El dió muestras de no creer tal cosa, pero poco pudo decir, porque ya el hecho estaba patente. La parte trágica y en sus consecuencias no poco funesta de la historia de la segunda época constitucional habia comenzado, anticipando los ódios que por fuerza habian de nacer de la mudanza de una á otra opinion sustentada con vehemencia, y de el choque de intereses que cambios tales tienen por consecuencia forzosa.—Antonio Alcalá Galiano.»

Hallazgo en el Sena.—Una sortija del siglo XIV.—Un pendiente del año 1200 antes de la Era cristiana.—Joyas etruscas. Las tumbas de necrópolis de Vulci.

El Sena paga de vez en cuando su tributo á la necrologia, arrojando de su cauce alguno de los tesoros que encierra hace muchos siglos.

Hay un anticuario tenaz, paciente, monomaniaco, que ha establecido su residencia al borde del rio, que allí come, bebe y duerme para espiar mejor si entre los millares de pedernales que la daga estraee sin descanso del fondo del agua no se oculta algun curioso resto de la antigüedad.

Frecuentemente recibe el premio de sus pacientes investigaciones. Pocos dias hace que ha encontrado una sortija cuyo primitivo esmalte han ido borrando casi por completo el tiempo y el agua. Es una reliquia interesante del siglo XIV.

Este anillo, de oro macizo puro, cincelado y concluido con extraordinaria perfeccion, es pequeño, y no ha podido ser llevado mas que por los dedos de una breve mano de mujer. En medio de la red de gravados que se destaca en relieve sobre su parte exterior, se lee distintamente en caracteres góticos la palabra *Eva*.

¿Quién era esta misteriosa *Eva* que llevaba un nombre que rara vez se da hoy, y que en la edad media era todavía mas extraño, porque recordaba la falta de nuestra primera madre y era considerado como signo de desgracia? Esto sin contar con que los teólogos de la época discutian con el mayor ardor si la que fué causa de todos los desastres del género humano, *Eva*, habia gozado con Adam de los beneficios de la redencion, y obtenido en el cielo un sitio glorioso á los piés de Dios; ó si esperaban en el purgatorio hasta la consumacion de los siglos su redencion y su entrada en el Paraiso.

Es, pues, de suponer que la sortija en la cual se lee el nombre bíblico de *Eva* perteneció á alguna de las hermosas judías que en aquella época vivian misteriosamente ocultas en los gineceos de sus esposos ó de su padre, como la Rebeca de Walter Scott.

Mientras que esta alhaja iba á manos de un paciente y entendido investigador, la casualidad entregaba á un rudo pescador otra de mayor valor histórico todavía. Un hombre pescaba cerca del antiguo puente de Cambio. Al inclinarse para arrojar su sedal, se le deslizaron los piés en el fango, y estuvo á punto de caer en tierra. Al restablecer el equilibrio de su cuerpo miró al compacto cieno, causa principal del resbalon, y observó que del borde del barro aplastado salia un objeto reluciente que recogió y limpió.

Era un pendiente de oro.

El trabajo de esta alhaja, atestigüa un origen incontestablemente etrusco. En efecto, las joyas etruscas no se parecen en nada á los que son producto del arte griego y romano. Los mejores cinceladores modernos no sabrian fabricar nada que se les pareciese.

Las joyas etruscas se componen de piezas enlazadas entre sí, superpuestas las unas á las otras, y cuyos relieves y salientes no están formados mas que por el cincel y el buril. Esto es lo que les imprime carácter particular, debido tambien á la idea espontánea y á la inspiracion del artista, y no á una fria y regular ejecucion del fabricante ó del obrero.

Esta alhaja etrusca fué sin duda llevada á las Galias por alguna de las grandes señoras romanas

que no vacilaban seguir á sus esposos á los países conquistados, y que por amor ó por deber renunciaban á los paseos sobre la vía Apia, sin abdicar por eso su gusto por el lujo y su pasion por los adornos.

Su forma prolongada la asemeja á una especie de concha, en cuya parte inferior penden siete ramillas formadas de pequeñas cadenas que admiran por su prodigiosa finura.

Ordinariamente, solo á costa de penosas y muchas veces infructuosas investigaciones, en la margen de la flora, en Toscana, elevada mas de treinta metros sobre el nivel del rio, y en las tumbas de la necrópolis de Vulci, se consigue recoger alhajas etruscas semejantes.

En 1857, dos anticuarios descubrieron en Vulci una gruta artificial enteramente vacía. Parecióles construida para preservar de las filtraciones de la flora otra cripta mas profunda.

En efecto; no tardaron en ver justificadas sus suposiciones. Despues de haber adelantado treinta metros mas la escavacion, llegaron á una galería subterránea de tres metros de ancho, que conducía á la puerta de una tumba que habia sido abierta desde en que fué tapiada, es decir, desde hacia dos mil años.

A los repetidos golpes de una palanca, la piedra que encerraba la entrada de la cripta cedió, y la luz de las antorchas iluminó aquellas bóvedas cuya oscuridad y silencio no habian sido turbados hacia dos mil años. Todo se hallaba en el mismo estado que el dia en que se tapió la entrada, y la antigua Etruria se presentó á los ojos de los arqueólogos como en los tiempos de su esplendor.

Pero ¡ah! de repente este magnífico espectáculo desapareció como por encanto.

Los guerreros que reposaban en sus armaduras de yerro, y cuyos rasgos belicosos, cabellos y barba se distinguian aun los restos de animales, los mantos forrados, las telas, los colores, los vestidos se desvanecieron para siempre.

El aire exterior al penetrar en la cripta lo destruyó todo con su contacto. La evocacion del pasado no tuvo mas duracion que la de un sueño, y se borró como para castigar por su temeraria curiosidad á los profanos que habian penetrado en el hipogeo.

No quedaron mas que los objetos de metal.

Mientras que aquellos frágiles restos caian convertidos en polvo, la atmósfera se hacia mas respirable y trasparente. Los arqueólogos pudieron distinguir entonces pinturas murales que adornaban la cripta en todo su perimetro y que parecian animarse al reflejo de las antorchas.

Dos puertas colocados frente á frente una de otra, la de entrada y la del fondo, dividian la sala funeraria en dos partes iguales. En un lado las pinturas se referian á los mitos de Grecia, y dos nombres griegos escritos en caracteres etruscos no dejaban duda alguna sobre las escenas que representaban. Los poemas de Homero los habian inspirado.

En frente otra pintura representaba á un personaje de larga barba, desnudo, y que tendía sus dos manos atadas por una cuerda á un guerrero que se disponia á cortar con una espada las ligaduras del cautivo: debajo de estas dos figuras se leian los nombres de *Masterna* y de *Cales Vibana*.

Las célebres tablas de bronce encontradas en Lyon y que reproducen un discurso pronunciado por el emperador Cláudio, cuentan precisamente la historia de estos dos personajes. El primero, hijo de una esclava, tomó luego el nombre de Servio Tulio, este Servio Tulio fué el sexto rey de Roma. Su yerno Tarquino el Soverbio, le destronó y asesinó.

Cales Vivenna, era uno de los capitanes y amigos de Masterna-Servio Tulio.

La pintura de la tumba alude quizá á que el monarca devolvió la libertad á su amigo hecho prisionero en una batalla.

Tal es sin duda el origen del pendiente etrusco, exhumado quizá de una tumba de Etruria por al-

gun soldado romano, llevado á las Galias por una patricia del tiempo de Julio César ó de Juliano el Apóstata, perdido durante diez y ocho siglos en el fondo de un rio y encontrado bajo los piés de un pescador.

**La cuaresma.—Los pescados.—El fósforo que contienen.—Dificultad de su digestion.—Los arenques salados.—La merluza.—Las ostras.—Los pescados exóticos.—Un envenenamiento á bordo.**

La cuaresma obliga en Europa á hacer un gran consumo de pescado.

¿La higiene y la química se hallan de acuerdo, con la disciplina religiosa que prescribe este alimento como menos nutritivo y menos escitante que la carne? No, seguramente.

Los pescados de todas clases y sin escepcion, sobre todo en la época del desove, que comienza precisamente en el tiempo de la cuaresma, contienen una gran cantidad de fósforo. Para convencerse de ello, basta mirar en la oscuridad el agua en que se cuecen. Esta agua brilla con un resplandor pálido, descolorido, ondeante, acompañado de cierto olor que atestigua la presencia del fósforo, de ese agente dotado de un poder de excitacion que no se puede poner en duda.

El pescado, como alimento, tiene el inconveniente de irritar en vez de calmar el sistema nervioso y los apetitos físicos. La mayor parte de las veces obra de un modo tan desastroso para el estómago como para el cerebro. De aquí indigestiones difíciles, gastritis y erupciones cutáneas, de cuya causa debe dudarse tanto menos cuanto que todos los pueblos que se alimentan de pescados están fatalmente infectados de enfermedades de la piel.

Desde el punto en que pierde su frescura, desde el momento en que se le ahuma ó se le sala, la carne del pescado viene á ser casi siempre insalubre y frecuentemente se transforma en un verdadero veneno. Muchas fiebres de mal carácter no tienen otro origen. Es necesario citar en primer lugar entre los alimentos peligrosos los arenques, que mal preparados en el momento de la pesca, adquieren un gusto fétido y ácre, y sobre todo la merluza.

Con escasas escepciones los pescados de agua dulce, mas crasos y de una carne mas compacta que los pescados de mar, sufren difícilmente la accion de los jugos gástricos, sin contar con que los huevos del sollo, y sobre todo del barbo, son venenosos, y pueden causar graves accidentes. Se atribuyen las propiedades tóxicas de estos huevos á la gran cantidad de fósforo que contienen.

Las mismas ostras no carecen de peligro, sobre todo cocidas. Entonces se digieren con mucha dificultad, á pesar de cierta preocupacion, segun la cual, una taza de leche caliente las disuelve en el estómago. Un célebre doctor ha dicho, «que en el caso de una indigestion de ostras, toda la leche del mundo no produciria el mas pequeño alivio.»

Los peligros que presentan en ciertas condiciones algunos pescados europeos no son nada en comparacion de los que causan muchas especies exóticas, particularmente en el mar de las Antillas, en el golfo de Méjico y sobre las costas del Brasil y de la mayor de las islas de la Oceanía. El atun, una especie de tollo de mas de un metro de largo, cuya carne es esquisita al gusto; el arenque de la Martinica; la sardina de las Antillas, y otros, determinan todos los años numerosos accidentes entre los navegantes que vacilan tanto, menos en comer á bordo, los productos de su pesca, cuanto que esos terribles pescados cuentan en nuestros mares especies análogas inofensivas.

Hace diez y siete años se presentó á la vista de la Martinica un buque de comercio. Viósele durante muchos dias ir al acaso de un lado á otro, sin separarse de la costa. Como no llevaba pabellon alguno, ni se podia nadie explicar por qué razones no se acercaba ni se alejaba del puesto, se enviaron muchas embarcaciones para reconocerlo. Nadie res-

pondió á las voces de los marineros, los cuales acabaron por subir á bordo. Espantáronse con el espectáculo que se ofreció á su vista.

Toda la tripulacion compuesta de veintiocho personas, yacia muerta sobre el puente. No quedaba vivo en el buque mas que un grumete atacado de una fiebre violenta acompañada de delirio. Trasládosele á tierra, y solo al cabo de un mes pudo dar noticias acerca del accidente ocurrido en el buque.

Contó que despues de una navegacion feliz, se disponia á ganar el puerto mas próximo, cuando pasaron por un banco de arauques. Faltaba en el buque alimento fresco, se echaron las redes al mar, y no se tardó en cojer una gran cantidad de pescado que el cocinero se apresuró á preparar.

Diez minutos despues, el pobre niño á quien la fiebre tenia postrado en cama hacia ya algunos dias, oyó sobre la cabeza un ruido extraño y siniestro, gritos de desesperacion, la caída al suelo de objetos pesados.

Pespues todo quedó en silencio. El niño se arrastró penosamente hácia la cubierta y encontró muertos al capitán y á todos los marineros. Diez minutos habian bastado para que todos sufriesen la accion fatal de los alimentos venenosos que acababan de comer.

### HISTORIA DE JULIO CESAR.

(Tomo 1.º.—Paris, imprenta imperial, Id. de H. Plon.)

Desde que apareció *El Prefacio*; fechado en las Tullerías á 20 de marzo de 1862, y firmado por Napoleón III, la *Historia de Julio César* se ha puesto á la órden del dia en todos los círculos políticos y literarios.

Los anuncios y noticias que teníamos de esta obra, habian logrado escitar vivamente nuestra curiosidad. Sabíamos que todas las ciencias habian contribuido á su ejecucion, la arqueología, la geología, la geografía, la lingüística, la ciencia militar, la sabiduría humana en todas sus variedades y ramificaciones. Sabíamos que una comision del estado mayor francés habia ido á Parsalia, que otra habia venido á Munda; que el campo de las Galias habia sido medido y estudiado en todas direcciones por los agentes imperiales. Algunos informes, algunos datos, comunicados por M. Duruy, antiguo profesor de Historia, sobre la gran campaña de César, habian bastado para elevarle hasta el ministerio de Instruccion pública. Todo, repetimos, aun prescindiendo del carácter augusto de la obra y de su alta significacion política, concurría á mantener viva la espectacion pública. La aparicion de la *Historia de César* ha sido, pues, lo mismo en la esfera literaria que en la política, un verdadero acontecimiento.

Su autor lo ha comprendido así, y ha declarado por medio de *La Francia*, periódico, que la crítica gozará en esta ocasion de una libertad completa, que la legislacion cesárea á que hoy está sometida la prensa francesa se suspende para juzgar á César, y que les esclavos, como en las fiestas saturnales, pueden levantarse al nivel de sus amos.

Hasta ahora pocos se han aprovechado de esta dispensa de ley. Solo M. Cremieux, el célebre diputado y miembro del gobierno provisional en 1848, herido en sus creencias religiosas por una frase del *Prefacio* que presenta al Mesías crucificado por los judíos, ha protestado, recordando á Napoleón que el pueblo de Israel aguarda aun la venida de su Redentor. M. de Sacy tambien ha querido acreditar su reputacion de crítico en el *Diario de los Debates*; pero desgraciadamente para este periódico, M. de Sacy no ha podido resistir el entusiasmo que produce el espectáculo de un soberano dedicado á pensar y escribir como un simple mortal. M. de Sacy cree que ha llegado la plenitud de los tiempos y que, gracias al nuevo estudio sobre César, se resolverá al fin la cuestion que viene discutiéndose desde hace veinte siglos entre cesaristas y pompeyanos.

No sabemos quién será, tratándose de César, el que se atreva á herir primero. Si hemos de decir la verdad, esperamos poco de la prensa francesa. La crítica alemana y la crítica inglesa, aquella bajo el punto de vista histórico, esta bajo el punto de vista de las ideas y aplicaciones políticas, de las ideas y aplicaciones napoleónicas, serán, á juicio nuestro, las que podrán rectificar dignamente á *El Constitucional* de París, que se felicitava al solo anuncio del tomo I de la obra, cuando aun no era conocido mas que el *Prefacio*, de que César hubiera encontrado al fin un historiador digno de su grandeza, y compadecida

soberanamente á Montesquieu por haber llamado usurpador al descendiente de Venus y de Anquises.

Nuestro objeto, al tomar hoy la pluma, no es rectificar ó atenuar esta ni ninguna otra especie. Hijos de esta pobre España, que ni siquiera figura como nacion traductora en la portada del libro, al lado del Portugal y del Brasil, tenemos la modestia de nuestra posicion, y solo aspiramos á dar una noticia de la *Historia de Julio César* á los suscritores de *La América* confiando de paso la impresion que nos ha producido su rápida lectura.

I.

La idea napoleónica es la idea generadora de la *Historia de Julio César*.

En el año de 1840, fugitivo en Lóndres, Luis Napoleon censuraba el antiguo régimen, restaurado en Francia por la intervencion extranjera en 1814 y 1815, y *disfrazado con los colores de la libertad constitucional*; condenaba la monarquía republicana de 1830, *este caos de inteligencia y miseria*, y se burlaba de los admiradores del sistema oligárquico de Inglaterra. Luis Napoleon solo veía delante de sus ojos al hombre extraordinario que, como Josué, paró el sol é hizo retroceder las tinieblas.

«Por espacio de siglos, decía Luis Napoleon, los pueblos de las riberas del Jordan han seguido las leyes de Moisés; las instituciones de Mahomet resisten aun el empuje de la Europa moderna; y á pesar del asesinato de César, su política ha mantenido seiscientos años la unidad de Roma, contenido la invasion de los bárbaros y ensanchado los límites del imperio. Por espacio de ocho siglos, el sistema religioso y feudal de Carlo-Magno ha gobernado la Europa y servido de transicion entre la sociedad romana y la sociedad que nació del 89.»

«Nosotros, añadia Luis Napoleon, hemos tenido en nuestras filas y á nuestra cabeza un Moisés, un Mahomet, un César, un Carlo-Magno... Los grandes hombres son como la divinidad: no mueren jamás... Su espíritu les sobrevive... LA IDEA NAPOLEÓNICA sale de la tumba de Santa Elena como la moral del Evangelio salió triunfante del suplicio del Calvario.»

LA IDEA NAPOLEÓNICA, decimos, es la inspiracion, el alma de la *Historia de Julio César*, palpita en todas sus páginas, se refleja en todas sus palabras. Leyendo este libro, como dice M. de Sacy, se conversa con el emperador; se le escucha y se le responde. Aunque la ejecucion material de la obra corresponda á M. de Mocquard, no se puede desconocer que hay párrafos enteros debidos á la pluma de su soberano, y que el espíritu del gran emperador acompaña á todos los personajes desde su nacimiento hasta su muerte, no ausentándose jamás de su lado.

La idea napoleónica ha inspirado la teoría algo mística, algo supersticiosa, que se funda en el culto de los grandes hombres, y los diviniza, teoría que el autor de la *Historia de Julio César* desenvuelve en el Prefacio. En esta teoría, en esa idea, en el nombre, en fin, del autor, se encierra el secreto de la importancia y popularidad de un libro que se dirige al mundo de los hombres políticos, mas bien que al mundo de los literatos y de los sábios.

Los hombres políticos no examinarán en esta obra su mérito histórico ó literario. A los hombres políticos importa poquísimo que la *Historia de Julio César* siga la narracion de Dionisio de Halicarnaso, que distribuye las centurias, organizadas en tiempo de Servio Tulio, *en seis clases*, en vez de seguir á Niebuhr, que solo cuenta cinco. Importa poco á los hombres políticos que la fortuna de la quinta clase fuera de 12,500 ases, segun el historiador griego, ó de 11,000 segun el historiador de Pádua.

Para los hombres políticos no es de la mayor importancia, aunque siempre tenga alguna, el número de ciudadanos en tiempo de Servio: que la *Historia de Julio César* eleve con Tito Livio y Dionisio á 80,000 los ciudadanos en estado de llevar las armas en aquella época y á 300,000 la poblacion total, les es tan indiferente como si redujera la primera cifra á 20,000, siguiendo el cálculo del historiador alemán Teodoro Mommsen, y á 80,000 la suma de ciudadanos que podian ocupar una superficie de 40 leguas cuadradas. Todas estas investigaciones, todas estas curiosidades, todos los bajos relieves y labores de la erudicion histórica significan muy poco para hombres que buscan principalmente el lado práctico de las cosas y se rien de los amantes de las antigüedades griegas ó romanas, que comprarian á precio de oro para colocarlo en su gabinete, el báculo de Proteo ó el candil de barro de Epicteto.

Las críticas que la escuela histórica alemana consagra á la *Historia de Julio César*, solo servirán en manos de los hombres políticos como un argumento mas, favorable ó adverso á sus opiniones, comprometidas con la publicacion de un libro que, como hemos dicho al empezar

este artículo, es un acontecimiento de altísima importancia.

Se analizarán sin duda los cambios políticos y sociales de Roma; se penetrará en todas las intimidades de la vida de los hombres públicos de aquellos tiempos remotos: se discutirá en los círculos de París y en los salones de la aristocracia inglesa sobre la exactitud de los hechos; pero en el fondo de estas discusiones, de esas investigaciones, de aquellos análisis prolijos, se encontrará siempre á Napoleon: el analizado, el escudriñado, el discutido será Napoleon.

Se dirá que César solo aspiró á fundar y fundó el despotismo, realizando la triste profecía de Polybio. Se dirá que Carlo-Magno solo consiguió establecer una gran federacion, disuelta con su muerte. Se dirá que Napoleon I buscó por la guerra y la conquista la grandeza de la Francia, y aniquiló á la Francia; buscó el poder absoluto, y acabó escribiendo la Constitucion del año 15, y que esta Constitucion, el último de sus actos políticos, no ha prevalecido con el imperio; y el hombre público se preguntará al llegar á este punto si será acaso esa Constitucion *el coronamiento del edificio*, tan anunciado por los diarios napoleónicos.

Se tratará, en fin, de ensalzar ó deprimir á Napoleon al ensalzar ó deprimir su libro, y los menos apasionados, los mas previosores, dejando á un lado la narracion de lo pasado, buscarán, como dice *El Times*, en la historia de que nos ocupamos, una revelacion de las probabilidades del porvenir.

*Veluti venientia fata  
Non transmissa, legent.*

II.

El tomo primero de la *Historia de Julio César*, único que se ha publicado, se divide en dos libros, el primero consagrado á los tiempos anteriores á César.

Nosotros no creemos como el crítico del *Diario de los Debates*, que este libro no sea mas que un preámbulo, una introduccion sabia, y quizá un homenaje rendido á César que va á resumir toda la grandeza de Roma, vencedora de Pirro, de Anibal, de Perseo y de Antíoco. Esto es juzgar con alguna ligereza y con alguna injusticia la obra de Napoleon. La narracion de los hechos anteriores á César sirve para algo mas que esto: el mismo crítico á que nos referimos lo reconoce cuando añade que con esa narracion, el autor de la *Historia de Julio César* ha querido demostrar que despues de los graccos, de Mario y de Sila, la república romana no era mas que una herencia vacante ofrecida al mas capaz y mas hábil. ¿Pero es esto lo único que se ha propuesto demostrar el autor? Para esto no necesitaba remontarse á los tiempos semi-fabulosos y analizar las instituciones primitivas de Roma. Para esto le hubiera bastado trazar el cuadro triste de los tiempos de Mario y Sila, ó recordar las palabras elocuentes de Filipo en el Senado al recibirse la noticia de la primera derrota de Emilio Lépido. «En una palabra, decía el antiguo cónsul, para la ruina del Estado solo falta una cabeza mejor que la de Lépido.»

Napoleon, historiador, se ha acordado sin duda de que es hombre de Estado, y ha empezado la *Historia de César* con la historia de Roma bajo los reyes, porque sabe que en los fundamentos mismos de una república se encuentran siempre los gérmenes de su decadencia y total ruina.

El emperador en este punto, aunque como escritor haya procurado imitar el estilo sóbrio, severo y digno de los clásicos romanos, no ha desdeñado los trabajos de la crítica moderna al esponer la organizacion política y social de Roma. El gobierno de Roma no fué bajo los reyes una teocracia ni una aristocracia: fué un gobierno patriarcal y militar. El rey representa allí la unidad nacional, simbolizada por el Dióvis en el Panteon romano: su traje es semejante al del mayor de los dioses; recorre la ciudad en carro cuando todos van á pie; lleva un cetro de marfil coronado por un águila; tiene las mejillas pintadas de encarnado; se cubre con un manto de púrpura, y como el dios romano, ciñe la corona de oro adornada de hojas de encina. El rey, sin embargo, no es un Dios ni un sacerdote: es, como dice Donnsen, *el propietario de la ciudad*. Es un rey distinto de los que hoy nos rigen y de los que rigieron á nuestros padres. Es un rey romano en la verdadera acepcion de la palabra, en armonía con la familia y la ciudad romanas. La unidad social en Roma es la *gens*, agregacion algo parecida, como observa el autor de la *Historia de César*, al clan de escocia y á la tribu árabe. Diez gentes ó familias forman una curia; diez curias, ó lo que es lo mismo, cien familias, una tribu.

El poder real en Roma estaba limitado por el origen, por la eleccion, por las facultades que le eran inheren-

tes, por la Asamblea de las curias, y mas tardes de las centurias, y por el consejo de los ancianos ó Senado. Ofrecia, sin embargo, un peligro: su duracion. La revolucion verificada á mediados del siglo III de la fundacion de la ciudad trató de conjurarle, y por eso se dirigió, no contra el poder mismo, no contra el derecho supremo del Estado, sino contra la forma de gobierno. El reinado se convirtió de vitalicio en anual, y en vez de depositar la autoridad real en una sola persona, se depositó en dos cónsules.

Causa admiracion el carácter práctico y profundamente político del pueblo romano. La revolucion del siglo III fué una revolucion conservadora que, limitando de hecho la funcion real, la mantenia en principio; y sin embargo, aquella revolucion tuvo inmediata, instantáneamente, tres resultados de inmensa importancia. Primero, la limitacion de la autoridad suprema por la misma autoridad suprema; segundo, la preponderancia de las Asambleas del pueblo, y dentro de ellas del Senado; tercero, la responsabilidad de los gobernantes; responsabilidad real, efectiva, como consecuencia de esa preponderancia y de la escasa duracion de las funciones consulares.

Tan cierta fué esa preponderancia, que solo por ella se explica la cesion anual de esas funciones. Que habia elementos en la sociedad romana para fundar un gobierno aristocrático, es innegable; pero la aristocracia no se entronizó sino despues de esta revolucion, y esta revolucion se llevó á cabo tranquilamente, como la revolucion de 1688 en Inglaterra, buscando su razon de ser en los precedentes políticos y legales del país. Cualquier otro autor que no llevara el nombre de Napoleon, se hubiera detenido ante el espectáculo de esta revolucion, hubiera comparado épocas con épocas, pueblos con pueblos, y estableciendo las diferencias que hay entre una aristocracia militar como la romana, y una aristocracia civil como la inglesa, quizá hubiese deducido útiles enseñanzas políticas.

La preponderancia de las asambleas ó comicios del pueblo en la gobernacion del Estado se apoyaba en la prerogativa de designar los magistrados y en el ejercicio del poder judicial en los casos capitales, atribuido al pueblo por las leyes valerias: estas eran, en nuestro sentir, sus funciones mas importantes.

La preponderancia del Senado dentro de las Asambleas, lo mismo de las centuriadas que de las curiadas, era una consecuencia del derecho de autorizacion y el de revision de las leyes. Repetimos que el hombre político, al leer la historia de Roma se asombra de la inteligencia y del progreso de aquel pueblo, y recuerda involuntariamente historias modernas y pueblos contemporáneos que se ofrecen como ejemplo á los partidos liberales.

Pero Roma, á pesar de sus sábias instituciones, á pesar de su aristocracia, á pesar de su espíritu eminentemente político, llevaba en su seno los gérmenes de muerte. Por muy adelantada que estuviera en la inteligencia de aquel pueblo la ciencia política y sus aplicaciones, era imposible que se sustrajera á la ley de los tiempos y acertara á resolver lo que hoy es todavia un problema, combinando y armonizando la aristocracia y la democracia en las leyes y las costumbres.

Mucho adelantaron las primeras. La agitacion política, producida por la lucha de patricios y plebeyos, que no cesó ni un solo dia, se calmaba, sin embargo, por concesiones oportunas y por la admision en la aristocracia, que era abierta, como todas las aristocracias, de algunas familias plebeyas.

Pero además de la agitacion política, además de la division política, habia otras causas mas hondas, mas permanentes de revolucion: la cuestion económica y la cuestion social, ó en otros términos, la cuestion agraria entre la aristocracia y la plebe, y la cuestion de ciudadanía entre Roma y la Italia.

El autor de la *Historia de Julio César* no podia desconocer, y no desconoce, la importancia de estas cuestiones; pero no la define bien, no les da todo el alcance que tienen á nuestros ojos, y no las explota para su objeto como lo hace con otras cuestiones y otras circunstancias de escasa significacion política. Cuestiones económicas, cuestiones sociales, son siempre las que engendran las revoluciones.

Las cuestiones meramente políticas, de forma, pueden producir la retirada de la plebe ó de un partido político al monte Aventino ó al Janículo, una asonada ó un motin; pueden tambien á veces ser la ocasion de una verdadera revolucion; pero la causa esencial, fundamental de esta revolucion, habrá que buscarla siempre en sitios mas hondos. La desigualdad política en Roma, la lucha entre patricios y plebeyos, lejos de destruir, hubiera contribuido, por medio de mútuas concesiones y compensaciones, á afirmar la república, si á ella no se hu-

biera unido la desigualdad económica, la lucha entre ricos y pobres, la cuestion agraria, y si á esta cuestion y á esta lucha mortal no se hubiera juntado la cuestion itálica. La guerra civil dentro de Roma; fuera la guerra que se llamó social ó de los aliados, que reclamaban en pago de sus servicios el derecho de ciudadanía, hé ahí lo que se descubria en el horizonte desde los primeros tiempos de la república. La protesta del pueblo ciudadano, desheredado de la tierra de sus padres y privado de las pública (*ager publicus*), venia en ayuda de la protesta de todos los pueblos que pedian el derecho de ciudad ilusorio sin la representacion, pero base de la igualdad ante la ley establecida por el imperio.

Aquí es donde notamos nosotros falta de grandeza de parte del autor de la *Historia de Julio César*, aunque no desconfiamos de que mas adelante, en el último libro, al estudiar á César dictador, el emperador Napoleon defina mejor el carácter democrático del cesarismo. Entretanto Napoleon, en el segundo libro de su obra, en los primeros años de César, al pintar el estado de disolucion de la república y explicar las causas de esta disolucion, se fija mas bien en resultados y en detalles de composicion que le recuerdan hechos análogos de nuestra historia contemporánea y quizá sus resentimientos personales. A veces apunta la cuestion agraria: la cuestion itálica le llama mas la atencion; pero para el augusto historiador es mas importante, sin duda porque es mas práctico hablar de la *corrupcion electoral*, y digámoslo así, parlamentaria, perseguir con sus sarcasmos á los hombres de palabra, á Caton y Ciceron, y purificar, glorificar y divinizar á César. ¿Quién es Caton de Utica? Un carácter estrecho y envidioso como el de Porcio Caton; un espíritu inmóvil como el espíritu de casta. ¿Quién es Ciceron?

Un espíritu inconsecuente, veleidoso, movedizo como las arenas del mar, que se inclina á todos los vientos, que alternativamente ataca y defiende á los cornelianos, que ataca y defiende la fundacion de colonias, que un dia defiende que estas se funden sobre las tierras públicas y otro por la enajenacion de la propiedad privada; plebeyo hoy y aristócrata mañana; pompeyano y cesariano. Pero ¿y César? Aquí la escena cambia, y con ella el criterio del historiador. Napoleon, para librar á César de todo defecto, niega hasta que tuviera ambicion. Cuando llega al primer triunvirato, Napoleon esclama: «En verdad, Pompeyo y Craso no eran insensibles á una combinacion que favorecia su pasion de mando y riquezas; pero en cuanto á César hay que concederle un móvil mas elevado, y suponerle la inspiracion del verdadero patriotismo.»

César ha rechazado las proposiciones de Lépido. César, segun Napoleon, no ha estado jamás en inteligencia con Catilina, Cethego y Léntulo: César no ha tenido comercio ó relacion impura con el rey de Bitinia: César no busca los honores y el poder, mas que por el bien del pueblo; y si llega á la primera magistratura de la república, y si goza de mayor influencia que Craso, sin poseer sus riquezas, y de mayor influencia que Pompeyo; sin tener su celebridad, es porque la influencia política solo se ha adquirido por una conducta conforme siempre con convicciones inalterables, y César sigue esta conducta. César, dice sóbriamente Napoleon, *representa un principio.*

«Desde la edad de 18 años, añade, ha arrostrado la cólera de Sila y el ódio de los patricios por patrocinar los agravios de los oprimidos y los derechos de las provincias.»

Como se vé por estas últimas palabras, Napoleon comprende la importancia de las cuestiones sociales, aunque repetimos que no las precisa ni sabe establecer la relacion íntima que tenian con ellas hechos gravísimos ocurridos en los siglos de la república.

De todos modos, la tendencia en su historia á la glorificacion del cesarismo es manifiesta. Mas tarde, cuando aparezcan los libros siguientes, veremos cómo Napoleon presenta á César poniendo remedio á todos los males de la república: la cuestion económica, la cuestion de ciudadanía, la mala administracion de las provincias, la venalidad de los jueces, la corrupcion de los comicios, la confusion de la legislacion patria, todo va á encontrar remedio con el advenimiento del cesarismo. Esto es, á lo menos, lo que se propone Napoleon para llegar por medio de la justificacion y glorificacion de César á la glorificacion de su tío y á su propia glorificacion, y presentar al lado ó por encima de César, de César legislador, político, gran capitán, historiador, filósofo, á Napoleon filósofo tambien, historiador de César, vencedor en Crimea y en Italia, legislador y fundador del imperio democrático.

### III.

Hemos concluido.

Como noticia de la obra de Napoleon III, lo dicho nos parece suficiente: como juicio, como crítica, nuestro tra-

bajo es tan incompleto que ni siquiera merece este nombre.

No tenemos la loca pretension de juzgar á César. Aunque la tuvieramos, nos faltarian medios para satisfacer la. Aunque tuviéramos medios ó creyéramos tenerlos, nos habria faltado hasta el tiempo material para hacer el estudio detenido y profundo que requiere una obra de esta naturaleza.

Por otra parte, no nos sentimos con valor, porque no tenemos conviccion para condenar en absoluto el cesarismo, como no lo tendríamos para condenar, tambien en absoluto, una forma de gobierno mas democrática ó mas conforme con la idea que el imperio aspira á representar. Sin que nosotros discutamos ni neguemos ahora que, cuando todas las cosas en este mundo tiene su filosofia y su ciencia, lo que nos toca mas directamente, la historia de la humanidad, debe tener tambien su ciencia y su filosofia, desconfiamos, sin embargo, de esos sistemas absolutos que lo condenan todo en nombre de una idea y de esos hombres intransigentes é intratables que pasan el dia irritandose con sus semejantes y sublevándose contra los hechos consumados.

Lo que es, por algo es. Los pueblos no tienen mas gobierno que el que merecen; y aunque á veces caigan en errores pasajeros, cuando uno de estos errores prevalece por siglos, llámese este error César ó Gregorio VII ó Washington, ese es un error respetable, y para nosotros, hablando humana y prácticamente, vale tanto como una gran verdad. Las colectividades, como decia el ilustre Donoso, no delinquen; y una colectividad que consiente la dominacion ó el poder de un individuo, al consentirlo, sanciona ese poder. Nosotros, pues, donde quiera que encontramos un nombre ó una institucion secular, la respetamos, sin que por eso vayamos á rodear ese nombre, como pretende el autor de la *Historia de Julio César*, de la aureola de la divinidad. Esta teoria, lejos de contrariar, abona nuestras ideas, favorables á la libertad constitucional; porque ¿qué hecho hay hoy mas permanente, mas universal, mas durable que la libertad misma? La libertad constitucional es por su universalidad un verdadero catolicismo político.

Triunfa la libertad, y triunfa por siglos. ¿Por qué negarle su legitimidad? Triunfa el cesarismo, triunfa el imperio romano. ¿Por qué negar la legitimidad de los Cesáres? Lo que importa para juzgar un hombre ó una institucion, es colocarse á distancia. La distancia nos permite ver cómo el edificio de la república romana en sus últimos tiempos, tiempos de corrupcion social y política, se viene abajo con estrépito, y cómo se establece el imperio sobre sus ruinas. Aunque no nos esplicáramos esta caída y esta elevacion filosóficamente, para nosotros bastaria el hecho consumado y triunfante.

Nadie puede decir hoy de Napoleon lo que decimos de César. Es muy pronto para juzgar del imperio, y no basta el MEMORIAL DE SANTA ELENA para proclamar la idea napoleónica y el imperio democratico, que es su consecuencia, como el mejor medio de transicion á un porvenir fundado sobre la igualdad y la libertad políticas; pero si la idea napoleónica prevalece; si el imperio triunfa, la historia aceptara el hecho como todos los hechos consumados, y proclamará su legitimidad.

Algunos verán en esta manera de juzgar las cosas un doroso escepticismo. Nosotros no nos creemos tan dominados por el demonio de la duda; pero aunque así fuera, preferiríamos esto á las exageraciones de la filosofia de la historia y á los movimientos proféticos, al entusiasmo místico y á los éstasis de los espíritus que viven en ese Océano de luz.

Hemos terminado, y hemos cumplido, á lo que entendemos, nuestro modesto propósito. Juzgar á César y al cesarismo en aquellos tiempos, con aquellas costumbres, dentro de aquellas instituciones y de aquel pueblo, no es prejuzgar á Bonaparte y el bonapartismo, ni calificar en su conjunto y en sus detalles el libro que da lugar á estas líneas. Es dar á los suscritores de *La América* una noticia y comunicarles una impresion. Ya dijimos al empezar este artículo que teniamos la modestia de nuestra posicion y que no aspiráramos á otra cosa.

Z. J. CASAVAL.

### SUSPIROS DE UNA MADRE.

BOLORA.

Duerme... en su sueño inocente parece que á mi me nombra; no se agita ni una sombra por el cielo de su frente.

El ángel de la inocencia la acaricia con sus alas;

la dan las rosas sus galas, y los claveles su esencia.

Y un rayo de luz, mendiga de su aliento los olores; ¡madre de los pecadores que el Señor me la vendiga!...

Yo llevaré á tus altares lirios, nardos y azucenas; yo le contaré tus penas cuando entienda de pesares.

Mira... le diré, hácia aquí, mi dedo en el cuadro fijo, esa es la madre, ese el hijo... murió por salvarte á tí...

Mas ¡ay! que en el tiempo vario no la miren mis amores con la cruz de los dolores caminando hácia el Calvario.

### II.

¡Sí, siempre estuviera así... si yo la viera en mi anhelo abrir sus ojos de cielo solo por mirarme á mí...

Si hicieses virgen María Calmando mi angustia loca, que no dijese su boca nada mas que ¡madre mía...!

Y que mis brazos por lecho dulcemente la guardaran, y que nunca la arrancaran del sagrario de mi pecho...

Mas ¡ay! el tiempo vendrá... mi voz la dará sonrojos... lágrimas veré en sus ojos... y por mí no llorará!...

Y sufriré su desvío aunque triste no me asombre; y en sus sueños oiré un nombre, y el nombre... no será el mio...!

Y tras de dichas estrañas aunque á su amor no le cuadre, harán que olvide á su madre los hijos de sus entrañas...!

Y cuando triste sucumba y estienda mi brazo anciano, quizá no encuentre su mano para bajar á la tumba...!

### III.

Veda... su sueño profundo lo arrulla el plácido ambiente; un cabello de su frente vale mas que todo el mundo.

Que no la despierte el canto de mis pensamientos fijos; ¡ay! el amor de los hijos, lo pagamos con el llanto...

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

### COMUNICADO.

Anoche, despues de tirada nuestra edicion de Madrid, recibimos la siguiente carta:

Señor director de EL ECO DEL PAIS.

Muy señor mio y apreciable compañero: en la protesta que hoy publica la prensa liberal, aparece, equivocadamente, mi amigo el Sr. D. Federico Sawa como *redactor de La Razon Española*, siendo así que es, como yo, su director.

Suplico á V. se digne insertar esta rectificacion en el próximo número de su apreciable periódico, y se lo agradecerá su atento, afectísimo y S. S. Q. B. S. M., *Angel de Villalobos*.

Madrid 15 de abril de 1865.

MADRID, 1865.—Imp. de EL ECO DEL PAIS

á cargo de Diego Valero.  
Calle del Ave-Maria, núm. 17, cuarto bajo.